

embargo, no cae uno solo sobre la tierra sin permiso de vuestro Padre.

„Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados,, (1).

No transcribimos las anteriores frases como expresion de la verdad absoluta, porque no consideramos al hombre capaz de poseerla tal cual existe en Dios. La doctrina de Jesucristo es un progreso sobre el fatalismo antiguo; pero resulta excesiva y da tal amplitud á la accion de Dios, que, por decirlo así, convida al hombre á permanecer en la inaccion, abandonándose al cuidado del Padre que está en los cielos. De esta suerte se salía de un exceso para caer en otro, como sucede habitualmente al espíritu humano. Requeríase acaso demostrar al hombre que Dios interviene en todos sus actos y en todo lo que le acaece para que sintiera que asimismo vive en él. Si Dios cuenta los cabellos de nuestra cabeza, y ni uno solo se desprende sin su permiso, ¿es posible dudar que quien con tanta solicitud vela por las cosas pequeñas conduce tambien las grandes? Si hay un gobierno providencial, lo mismo para los hombres que para los pajarillos, fuerza es admitir que hay tambien una Providencia para las sociedades humanas. Así lo establece admirablemente uno de los ilustres doctores de la Iglesia. Oigamos á San Agustin interpretando el pensamiento de Cristo:

„Dios, autor y dispensador de la felicidad, es el único que da los reinos de la tierra; y los da, no al azar y sin razon, porque es Dios y no la fortuna, sino conforme al orden de las cosas y de los tiempos que Él conoce y nosotros ignoramos., Esta fortuna, que Agustin no admite, es precisamente el destino del mundo antiguo: „Dios, añade, es el principio de toda regla, de toda belleza, de todo orden, de toda medida, de todo peso y de todo número. Él, que no ha dejado, no ya el cielo y la tierra, el ángel y el hombre, sino tambien las entrañas del más pequeño y vil animal, la pluma del pájaro, la humilde flor de los campos, la hoja del árbol, sin la conveniencia de sus partes y sin la armonía que de su proporcion y acorde resulta, ¿es creible que hubiese dejado los reinos de los hombres y sus dominaciones y sus servidumbres fuera de las leyes de su providencia?,, (2).

(1) SAN MATEO, x, 29, 30.

(2) AGUSTIN, de *Civitate Dei*, v, 33, 11.

La doctrina de San Agustin es de una verdad incontestable. ¿Cómo entónces los escritores católicos, y hasta el gran doctor de Occidente, no llegaron á crear una filosofia de la historia? Indudablemente porque prestaron poco interes al destino de los imperios, y apénas si se ocuparon del papel que en los acontecimientos históricos desempeñan los pueblos. Así, por más que San Agustin reconociera que la grandeza del imperio romano no era debida á una causa fatal ni al azar, apénas si inquiere cuál fuese esa causa, cuál la mision de Roma. Ocuérrele únicamente decir que Dios se proponía castigar los crímenes de los hombres (1). Esta es la idea de justicia admitida por los antiguos, no la idea cristiana de un gobierno providencial. Muchas veces hemos repetido que el cristianismo, como religion de otro mundo, se preocupa exclusivamente de la salud eterna de los hombres. Concíbese bien que, imbuido por esta idea, la corta existencia del mundo tuviese á sus ojos escaso valor, y ménos aún las vicisitudes de los Estados, forma pasajera de una sociedad condenada á desaparecer, y cuyo fin considera siempre próximo todo verdadero cristiano. Lo que únicamente interesa á los Padres de la Iglesia es el destino futuro de los individuos. La sociedad que ostenta importancia para San Agustin es tan sólo la de los elegidos, la de los santos, que se prepara sobre la tierra y se forma por la accion de la gracia divina: hé aquí la ciudad de Dios, á la que opone San Agustin la ciudad de los hombres inspirados por el amor de la gloria y de los bienes terrestres. Bajo tal punto de vista, las nacionalidades desaparecen, y con ellas toda idea de historia. En el seno de cada pueblo hay hombres justos é injustos; semejante distincion es la única que tiene importancia real: los unos están destinados á reinar con Dios, los otros á sufrir con Satanás las torturas eternas del infierno (2).

El gobierno providencial, en semejante concepcion, no pasa del estado de teoria; se reduce á un gérmen que la buena nueva ha depositado en la conciencia humana, y que no llegará á desarrollarse sino bajo la inspiracion de la filosofia. El cristianismo no podia concebir la marcha providencial de los acontecimientos históricos, porque se preocupaba exclusivamente del elemento religioso, y este

(1) AGUSTIN, de *Civitate Dei*, v, 1, 12: v, 13, 15, 19.

(2) AGUSTIN, de *Genesi ad litteram*, xi, § 20;—de *Civitate Dei*, xiv, 1; xv, 1.

elemento, bajo su punto de vista, es puramente individual. Más aún, la religion, tal como se desenvolvió bajo la influencia de la tradicion mosaica y de la filosofia griega, vino á comprimir de una manera singular la doctrina de los Padres de la Iglesia y de todos los escritores que se inspiraban en las mismas creencias. Con efecto, la teoria cristiana da una falsa nocion de Dios, y vicia, por consecuencia, la idea del gobierno providencial. Los antiguos representaban á sus dioses en la majestad del Olimpo, cerniéndose sobre el mundo y con escasa intervencion en sus destinos. Jesucristo enseñó á los hombres que tenían un Padre en los cielos, y sus discípulos se imaginaron que esos cielos eran otro mundo donde reinaba Dios con su corte de ángeles y de escogidos. Admitiase que Dios regia al mundo; pero éste se reducía á la tierra que habitamos, única parte del universo que los antiguos conocieron. Pero ¿cómo ejercía su gobierno? Por medio de los milagros. Dios, considerado como Espíritu Santo, inspiraba, guiaba y compelia, en caso necesario, á los que estaban predestinados á la vida eterna; la gracia, único medio que procura la salvacion, era un milagro permanente que sólo á los santos alcanzaba. La intervencion de Dios en los pueblos se ejercía tambien por la via milagrosa; de esta suerte, el más considerable entre los hechos históricos, el cristianismo, era esencialmente un hecho milagroso, y la nueva religion, en concepto de los cristianos, estaba destinada á poner fin al mundo terrestre desde el momento que se extendiera sobre toda la tierra.

Este Dios, interviniendo por via milagrosa en el destino de los individuos y de los pueblos, ¿es el verdadero Dios? La nocion de la divinidad y del gobierno providencial se ha ensanchado por el trabajo progresivo del espíritu humano. No creemos ya en la gracia milagrosa que salva á un pequeño número de elegidos, en tanto que la masa de los réprobos llena los infiernos; creemos, si, que Dios ilumina con su gracia á todos los hombres por igual y que los salva á todos, bajo el sentido de que todos gozan de una vida infinita y de que su destino va siempre mejorando. Lo mismo decimos respecto al gobierno providencial de las sociedades humanas. No creemos ya en la encarnacion de la divinidad para venir á predicar á los hombres la ley de vida y salvarles por medio de un sacrificio misterioso; creemos, si, que Dios se revela al mun-

do por medio de la razon y de la conciencia humanas; esta revelacion no se produce en un momento dado y en una parte imperceptible del universo, es permanente y universal.

El cambio que se ha operado en nuestras creencias acerca de la salvacion de los hombres y del gobierno de la Providencia tiende á una nueva concepcion de Dios. No creemos ya en una divinidad que tiene su corte fuera del mundo, en lo que se llama cielo ó paraíso, y que envía su Espíritu Santo ó sus ángeles para iluminar á los hombres ó para trasmitirles su voluntad; no, el Dios que nosotros adoramos no está fuera, sino dentro del mundo; no tiene necesidad de enviarnos el Espíritu Santo para iluminarnos ó inspirarnos; habita en nosotros mismos, vivimos por él, y bajo su inspiracion pensamos, sentimos y obramos; no necesita la encarnacion humana para revelar su voluntad y procurar nuestra salvacion; está encarnado en todas las criaturas; nos habla á cada instante por la voz de la razon y de la conciencia, y por lo mismo que sin cesar nos inspira, tambien nos salva, porque la salvacion no es otra cosa que el perfeccionamiento incesante de nuestras facultades.

En este orden de ideas no cabe el principio de la salvacion milagrosa de algunos santos ni de un gobierno providencial limitado á un pueblo elegido. ¿Podría Dios, viviendo en el hombre, iluminar al uno y dejar al otro en tinieblas? ¿Podría salvar al uno y condenar al otro eternamente? Tan imposible es esto, como que restringe y limita la accion de la Providencia á un pueblo elegido. Todos los hombres, todos los pueblos son elegidos, todos marchan, bajo la mano de Dios, hácia la perfeccion, mejor dicho, por el camino de un perfeccionamiento infinito. Hé aquí la única doctrina que hace posible la filosofia de la historia. En el cristianismo tradicional, el gobierno de la Providencia es un misterio que la conciencia repugna. ¡Cómo! ¿Dios predestinará un corto número de elegidos á la beatitud y abandonará á Satan la masa de los réprobos! Una eternidad de sufrimientos para la inmensa mayoría de los hombres y una felicidad incomprendible para algunos; ¡tal sería el fin á que tiende la humanidad! ¡Las vicisitudes de los imperios y el gobierno de la Providencia no tendrían otro objeto que la consumacion final del paraíso y del infierno! No, Dios ha predestinado á la salvacion á todas sus criaturas, y dirige los destinos del

género humano de suerte que todos puedan cumplir su misión. La historia no es otra cosa que el desarrollo de esta misión bajo la mano de Dios.

III.

La idea cristiana de un gobierno providencial contiene una nueva concepción de Dios. Otro tanto diríamos de la transformación que acabamos de señalar en la noción de la Providencia; contiene también una nueva concepción de Dios. El Dios milagroso de los teólogos se transforma en el Dios immanente de los filósofos. Los partidarios del cristianismo tradicional pretenden que la *inmanencia* de Dios es sinónimo de panteísmo, y el panteísmo, según ellos, no difiere del materialismo. Ya en otra parte hemos contestado á esas ciegas recriminaciones (1). Limitáremos aquí á consignar que la doctrina de la inmanencia no es más que el desarrollo de la doctrina cristiana. ¿Qué es la gracia, tal como San Agustín la ha formulado? La intervención continua de Dios en la vida del hombre, la inspiración incesante que enciende en él el amor del soberano bien y que le inflama con el deseo de participar de la verdadera luz. Por la gracia permanece el hombre ligado á Dios; mejor dicho, por ella vive en Dios la criatura, como lo consigna enérgicamente San Pablo, ó vive Dios en el hombre. Hé aquí el Dios immanente en la humanidad. Concebido en germen por la teología cristiana, la filosofía admite un lazo universal en vez del lazo milagroso de la gracia; en esta concepción se rechaza el milagro, y, por consecuencia, la gracia se dilata y se convierte en la acción de un Dios immanente (2).

Otro tanto puede decirse del gobierno providencial en su influencia sobre las naciones. San Agustín no excluye á ningún pueblo de la acción de Dios; ¿cómo, sin embargo, acepta una concepción histórica que reproduce la división entre los escogidos y los réprobos? Preguntad á los Padres de la Iglesia cuál es el papel que desempeñaban los gentiles en el desarrollo de la humanidad, y responderán que el pueblo elegido es el único precursor del Cristo. Á sus ojos el paganismo es el

(1) Véase mi *Estudio sobre la religión del porvenir*.

(2) *Sobre el dogma de la gracia*, véase la parte cuarta de mis *Estudios*.

culto de los ídolos, es decir, de los demonios; hasta los más favorables á la filosofía de los Griegos la consideran como inspirada en la Sagrada Escritura; luego, en definitiva, el gobierno providencial no se extiende más que á un pueblo reducido, al pueblo judaico; el resto de la humanidad permanece bajo el imperio de Satan. ¿Qué título asistía á los Judíos para tan especial predilección? Un hecho milagroso, una alianza contraída entre Dios y los patriarcas. Pero esta alianza es una quimera; desvanézcamosla, y quedará la idea de Dios que conduce tanto á los individuos como á los pueblos al cumplimiento de sus respectivos destinos. Si Dios es immanente en los hombres, lo será también en el género humano.

La inmanencia de Dios, repetimos, puede únicamente fundar una filosofía de la historia. Nada más estrecho ni más falso que la concepción cristiana. Por de pronto lo refiere todo á la religión; de las otras facetas de la actividad humana, de la ciencia, del arte, de la industria, del comercio, ¿qué hace? Descuidarlas, cuando no reprobarlas. La religión misma se ve falseada, puesto que, considerado el cristianismo como la verdad absoluta, las demás religiones resultan condenadas como obras del error ó de la impostura. En cuanto á los hechos históricos, la teología les presta poca atención: ó los ignora ó los subordina á la revelación. La antigüedad entera se convierte en una dependencia del pueblo de Dios, y cuanto después de la venida de Cristo acaece no se explica sino por el influjo del cristianismo. Todo lo que contraría á la religión ó á la Iglesia, que es su órgano, se ve condenado y maldito como obra del espíritu del mal, lo mismo el Renacimiento que la Reforma, la filosofía que la Revolución. ¡Singular doctrina que, procediendo de la idea de un gobierno providencial, conduce á reprobar poco á poco todo lo que hace la humanidad!

La inmanencia de Dios ensancha la historia, como ensancha el cielo y la divinidad. La religión cesa de ser el elemento único que absorbe todas las facultades humanas, y, por consiguiente, las vicia ó las destruye; ¿cuál es el fin de nuestra existencia, cuál nuestra misión sobre la tierra? ¡Cuestión capital que decidirá de todas las demás! Jesucristo ha dado una respuesta que la filosofía puede aceptar, interpretándola: "Sed perfecto como vuestro Padre que está en los cielos." Pero

Dios ¿no es á la par inteligencia, amor y actividad? Luego, á su imagen, es fuerza que el hombre se desenvuelva en la más rica armonía; tal es el camino de la salvación. La religión consiste en pensar, sentir y obrar bajo la acción de Dios, sin perder nunca de vista el lazo indisoluble que nos liga con Él, que es fuente de toda vida, y sin el cual no existiríamos un solo instante, como no existiría la planta sin la acción vivificante del sol. Si tal es la misión del hombre, las sociedades humanas han de tener también por objeto favorecer el desarrollo más amplio de sus facultades: las naciones, como los individuos, procuran un fin único y común, la educación del género humano. En este orden de ideas no queda plaza para el espíritu del mal. Dios lo llena todo; Él es quien inspira á los individuos y á los pueblos, Él quien los guía. La historia es la manifestación de los designios de Dios y del concurso de la actividad humana.

Concebida así, la vida de la humanidad es una educación que Dios preside; y la historia nos revela los progresos que realiza el discípulo bajo la mano del Maestro. Toda educación es un desenvolvimiento, y, como tal, un progreso. ¿Cuál es el último fin de esta existencia progresiva? La perfección, puede contestarse con Jesucristo; pero la respuesta no es completa. Importa definir lo que se entiende por perfección. La idea cambia con el progreso que el género humano realiza, y no entendemos ya la perfección como los discípulos del Cristo la comprendían. La religión cristiana, religión de otro mundo, hacía poco caso de la vida actual y de sus diversas manifestaciones: desdeñaba la ciencia como una locura; temía y anatematizaba el aumento de la riqueza; concentraba toda la actividad del hombre en la caridad; el mismo amor de Dios que enseñaba, conducía á absorber y aniquilar la caridad activa, para dejar tan sólo subsistente la preocupación de la salud eterna. La perfección del Evangelio, entendida así, no solamente resultaba incompleta, sino profundamente viciada, puesto que podía fácilmente conducir al egoísmo del monje y al más excesivo aún del anacoreta. Felizmente el genio de las razas bárbaras vino á neutralizar lo que el cristianismo encerraba de peligroso y á completar lo que le faltaba. La perfección evangélica se ha transformado bajo la influencia del espíritu activo de las poblaciones europeas. La religión se ha convertido, ó

tiende á convertirse, en una religión de este mundo, sin sujetar demasiado al hombre en su corta existencia, y sin limitar seres cuyas facultades son infinitas á un desarrollo de algunos días solamente. Por perfección se entiende el perfeccionamiento infinito de un ser imperfecto, pero perfectible.

¿Qué es la historia dentro de este nuevo orden de ideas? La manifestación del plan concebido por Dios para la educación del género humano. El desenvolvimiento de todas las facultades humanas: tal es el fin ideal que la humanidad persigue bajo la inspiración de Dios. Cada hombre es una individualidad aparte, y tiene, por tanto, derecho á un desarrollo peculiar; ¿cómo logrará este objeto? Los esfuerzos individuales no bastan. Nacemos sociales, es decir, con la necesidad innata de vivir en el estado de sociedad; y ésta es indispensable, no sólo por razón de la propia debilidad, sino porque representando cada individuo una faz distinta de la humanidad, se requiere la vida en común, á fin de que la una se complete por el otro. Hé aquí la causa profunda de la división de la humanidad en naciones. Hay en el espíritu humano una variedad infinita, al mismo tiempo que una unidad dominante. Cada hombre representa en cierta manera una idea, cada pueblo representa igualmente otra idea, y estas diversas ideas se concentran y armonizan en la superior y general que representa la humanidad. La historia nos revela el plan divino que preside á la educación del género humano, de las naciones y de los individuos: su fin principal es el desarrollo de los individuos, por más que éstos no figuren en ella sino como miembros de una sociedad; y únicamente para conseguir que ese fin sea todo lo rico y completo posible, el hombre se liga á una nación y las naciones se funden en la humanidad.

Sabemos, pues, ya la causa de que haya una filosofía de la historia; pero ésta no puede reducirse á una sencilla narración de los hechos. Despojada de la idea moral y de la intervención de Dios, ¿á qué quedaría limitada? Á una simple colección de acontecimientos sin objeto y sin fundamento; y ¿á qué se reducen esos acontecimientos? Á guerras y discordias sangrientas. El conde de Maistre dice que la historia del género humano se asemeja á un campo de destrucción. ¡Terrible espectáculo el que ofrecen los hombres destruyéndose mutuamente! ¡Añádase á esto los fraudes y las

mentiras que llenan los anales de la diplomacia! Malvados é infelices, verdugos y víctimas, hé aquí á lo que se limitarían los destinos de la humanidad. Más valiera que no hubiese humanidad; por lo ménos que la historia no registrara sus errores, sus locuras ni sus crímenes. Pero no, el mundo no es juguete de la fuerza; los hechos de la naturaleza tienen sus leyes, y los hechos históricos son también regidos por una voluntad superior á los caprichos de las voluntades individuales. La filosofía investiga esas leyes; por mejor decir, Dios las revela en la historia: la filosofía, al descubrirlas y comprobarlas, cumple las funciones de relator y de testigo.

§ II.—El gobierno providencial y la libertad.

I.

No hay historia posible si de ella se destierra á Dios. Mas si Dios está immanente en la humanidad, ¿quedará en ésta sitio para el hombre? ¿Acaso el gobierno providencial no conduce al mismo error que la fatalidad antigua? Los antiguos sometían sus dioses á un destino inexorable. La idea cristiana de la Providencia salva la libertad de Dios; pero al mismo tiempo ¿no sacrifica la libertad humana? Si Dios dirige el curso de las cosas de este mundo, ¿no las dirige con omnipotencia? ¿Qué resta al hombre, débil criatura, para oponer á esa fuerza irresistible? Si la acción divina absorbe y aniquila la libertad de los individuos, ¿dónde cabe su responsabilidad? ¿Podrá decirse que hay individuos, cuando no son más que manifestaciones pasajeras de la voluntad divina? Su condición no sería superior á la de los brutos, aunque se les otorgase la inmortalidad; morirían para transformarse; pero, si no intervienen para nada en esas transformaciones sucesivas, ¿podrá hablarse de desarrollo ni de progreso? Dios es quien se manifiesta, Dios y no el hombre quien sucesivamente se desarrolla, Dios solamente disfruta verdadera vida; el hombre no es más que la sombra de un sueño.

No hay cuestiones más graves que las planteadas anteriormente, porque se trata de saber si existe una humanidad, si hay una historia. La conciencia humana se ha elevado sobre las dudas de la filosofía, y afirma conjuntamente con la libertad del hombre la acción de Dios sobre su destino.

Nos sentimos con libertad de obrar ó de no obrar, de hacerlo en este ó en el otro sentido, y esto basta para que la libertad sea un hecho incontestable. Hay otro hecho no ménos cierto para los que creen en la existencia de Dios y en su vida en el hombre, y es la acción que Dios ejerce sobre los individuos y sobre los pueblos. En el lenguaje cristiano se llama gracia esta inspiración interior que nos da, al mismo tiempo que el conocimiento del bien, el ansia de quererle. Nosotros llamamos gobierno providencial la intervención de Dios en el destino de los pueblos. Pero su acción omnipotente ¿dejará subsistir la libertad humana? Hé aquí otro hecho que el hombre puede fácilmente comprobar y que la historia comprueba en cada una de sus páginas. San Pablo dice que vivimos en Dios; pues esta es la immanencia divina. ¿Quién no recuerda las dolorosas palabras del apóstol deplorando que ve y desea el bien, y que no obstante ejecuta el mal? Fuera inútil recordar los errores y los crímenes de los pueblos que llenan los anales de la historia. Las naciones y los individuos son, pues, libres, aunque se hallen sometidos á la mano de Dios. Pero estos dos hechos parecen recíprocamente excluirse: ¿cómo conciliarlos?

Donde la acción de Dios se considere como causa habrá necesariamente misterios, porque Dios mismo, el sér perfecto, es un misterio para la imperfección humana. ¿Qué importa que no podamos explicar el concurso de la gracia ó del gobierno providencial con la libertad de los individuos y de los pueblos? No por ello subsisten ménos los hechos, y esto basta para admitirlos. Al ménos, si la explicación completa es imposible, podemos concebir la existencia de los dos hechos, contrarios en apariencia. La immanencia de Dios, bajo el punto de vista de la filosofía de la historia, no es otra cosa que la educación de los individuos y de la humanidad. Dios inspira y guía al hombre como el maestro al discípulo. ¿Acaso un maestro inteligente dominará á su discípulo hasta el punto de quitarle toda libertad de pensamiento, de sentimiento y de acción? Por el contrario, procurará desenvolver las fuerzas con que Dios le ha dotado, y no intervendrá más que para inspirarle y guiarle, dejando entera libertad á su expansión. ¿Seguiría Dios otro procedimiento en la educación del género humano? Verdad que tal maestro es un sér perfecto, y pudiera creerse, por consiguiente, que procura-

rá infundir al hombre sus pensamientos, sus sentimientos y su voluntad. Tal es, con efecto, el fin de la educación divina; pero el medio de conseguirla no será seguramente comunicar al hombre su perfección. La verdad que el hombre posee no le presta su valor, sino los esfuerzos que hace para alcanzarla y para realizarla en su vida. Dios se limita á inspirar y guiar, dejando al hombre su libertad entera.

Siendo la libertad la condición de nuestro desenvolvimiento, ¿cabe concebir que Dios la destruya ó la altere, máxime cuando su gracia y su providencia no tienen otro fin que ayudarnos á desarrollar nuestras facultades? Dejemos á un lado la gracia, que opera en la intimidad de la conciencia y no se produce sobre el teatro de la historia. Cada hombre puede sentir en sí mismo, tanto el vivo impulso hácia el bien, que emana de Dios, cuanto la libertad de resistirle: inspiración incesante y resistencias manifiestas que forman el drama de nuestra vida interior. Los efectos del gobierno providencial, así como las pasiones y los errores que desvían á las sociedades del camino que Dios les traza, se revelan en las naciones de una manera ostensible. La historia entera presenta un doble espectáculo: lo que los hombres quieren y lo que quiere Dios, los efectos de la libertad humana y los de la acción divina. Fijándonos tan sólo en las apariencias, pudiera creerse que el mundo está entregado al dominio de las malas pasiones ó del ciego interés. Estos móviles desempeñan ciertamente un papel en los hechos históricos; mas no vaya por ello á deducirse que los destinos del género humano se ven abandonados al arbitrio de sus instintos. Esta es la parte del hombre; pero hay también la parte de Dios. La fuerza y el azar no gobiernan al mundo; gobiérnalo el pensamiento. Dios se sirve hasta de nuestros errores y de nuestros crímenes para la ejecución de sus designios. Hase negado esta verdad; hase dicho que era un sueño de la filosofía, hase pretendido que equivaldría á suponer que Dios era cómplice del mal que no impedía ó que se trocaba en su mano en instrumento del bien. No, no es un sueño: por poco que se estudien los hechos, los móviles de los que en ellos intervienen, y las últimas consecuencias á que conducen, veráse que los hombres hacen las más veces lo contrario de lo que se proponían hacer. Ordinariamente lo que procuran es la obra de las pasiones

que acabamos de señalar, y lo que ejecutan un elemento de progreso que la humanidad realiza; ¿quién ha sacado el bien del mal? Dejando á un lado el azar, palabra vacía de sentido, sólo hay una respuesta: Dios. ¿Cómo lo que, bajo el punto de vista humano, es un mal se convierte en un bien en los planes de la Providencia? Esto sí que es para el hombre un misterio, como todo lo que respecta á la acción de Dios. La historia debe limitarse á consignar el hecho. ¿Diráse por esto que Dios es cómplice del mal? El mal es obra de la libertad humana, y será siempre un mal, aunque Dios le convierta para la humanidad en un bien. Los designios de Dios no acusan á los hombres, y ménos les justifican. Pero al mismo tiempo, ignorando los hombres los designios de la Providencia, no pueden ser condenados, por lo mismo que se encuentran en oposición con el plan de Dios. La historia les juzgará con arreglo á los sentimientos que les hayan inspirado; si han obedecido á la ley del deber, les absolverá y hasta les glorificará; si han obedecido al egoísmo ó á la ambición personal, les condenará, aun cuando, sin quererlo y sin saberlo, hayan concurrido á los designios de la Providencia.

La oposición entre lo que quieren los hombres y lo que quiere Dios ¿es eterna? Si, en el sentido de que jamás el hombre tendrá conciencia completa de lo que Dios quiere, ni obrará jamás con el desinterés absoluto que caracteriza la acción divina, porque no puede llegar á Dios; pero la oposición irá disminuyendo á medida que el hombre se acerque á su fin ideal, que es ser perfecto como su Padre celestial. En la infancia de la humanidad, el hombre no sabe siquiera que existe un plan divino al que obedece; redúcese literalmente á un instrumento en las manos de Dios. Requiere un gran desarrollo intelectual y moral para que el hombre tenga conciencia de que vive en Dios y para que procure querer lo que Dios quiere. Esta conciencia se desenvuelve progresivamente, y esto responde á los reproches que se dirigen á la idea de un gobierno providencial. Preténdese también que reproduce, aun cuando bajo distinta forma, el fatalismo antiguo. ¿Qué importa, se dice, que una cosa sea fatal ó providencial desde el punto que la libertad humana no existe, puesto que el hombre se ve dominado por una voluntad superior que ni siquiera puede conocer? Sólo la palabra ha cam-